

# Querido Eric:

Cuando era pequeño nunca conseguí acabar una colección, ni siquiera esa de trenes de madera. Soñaba que algún día podría ir montado en uno de ellos y escapar de la guerra. Soy ese niño que soñaba escapar con sus trenes de madera, ver todas las estaciones posibles al alcance de alguien que quería volar sobre unos raíles. Soy el niño que soñaba conducir uno de ellos y mantener vivos a cada uno de mis tripulantes.

Como sabrás, una vez que estás entre la vida y la muerte tendemos a pensar más en la vida o bueno, si eres como yo, piensas más en la muerte. No sé decirte. La vida es esa película que se te pasa por los ojos cuando te quedan dos segundos aquí para tener un resquicio de esperanza en que algo nos salvará, porque no somos eternos, y claro, eso da miedo.

Soy un luchador, todos los somos, la guerra no te enseña a ser fuerte, tú lo eres por naturaleza. Somos destructivos con nosotros mismos y los de nuestro alrededor, por supuesto. Somos capaces de aniquilar a un ser humano mirándolo a los ojos solo para que él no haga lo mismo con nosotros. Pero nuestra única meta es la felicidad.

Era 20 de julio de 1936, mi padre salió corriendo de casa inmediatamente cuando empezó a escuchar diversos tiroteos y aviones volando por encima de nuestra casa. Mi madre me explicó que no podía permanecer en ella porque si no, no lo volveríamos a ver. Yo no entendía nada, no sé, supongo que la guerra la entienden muy pocos.

Mi padre tuvo que huir a Francia. Él decía que nos volveríamos a encontrar y que íbamos a estar bien porque cuando “acabase todo” nos reencontraríamos con él. Sinceramente esperar a que se acabase fue una tortura.

Había dos Españas eternamente divididas.

Recuerdo que un año después, no sabíamos nada de mi padre. Dejamos de recibir cartas y la policía venía continuamente a intentar que mamá les dijera dónde estaba él. Como he dicho antes, no sabíamos nada, yo creo que mi padre desapareció sin dejar rastro para que no nos pasara nada; algo que no estaba en sus manos.

Un día fueron a ver a mamá unos policías que la propinaron una brutal paliza para saber donde estaba y yo me escondí muerto de miedo, deseando que él apareciese por la puerta y les echase a todos. Pero nunca sucedió.

Dejé de ir al colegio y apenas corregí mis faltas de ortografía. Vivimos con la muerte acechando día a día y nunca estaremos preparados para ver cómo se lleva a cada una de las personas que queremos.

Un día llegó una carta. Mi padre no abandonó España, se fue de donde vivíamos para escapar, pero nunca llegó a Francia. Un amigo suyo estaba convencido de que la guerra acabaría y decidieron quedarse en Barcelona y si la cosa se complicaba, escaparían hacia la frontera. Les arrestaron y estuvieron en la cárcel 41 días.

Un día en medio del silencio fueron fusilados.

Cuando tienes nueve años y tu madre tiene que darte de comer y tu padre no está porque lo fusilaron, pasarás a la historia. En realidad todos pasamos, pero nadie contará que hubo un niño mirando a través de la ventana, día sí y día también, para ver entrar a su mamá en casa cada vez que ella salía a comprar una barra de pan. Ni contarán la mirada perdida de mi madre cuando vio en una carta de defunción el nombre de papá.

Soy un niño huérfano de padre porque en la guerra, la muerte le miró fijamente a los ojos, soy el niño que acabó en un colegio interno mientras mi madre trabajaba para mantenernos a los dos. La veía los domingos y los días de fiesta, siempre me venía a buscar los viernes por la tarde y sé que yo era su héroe, siempre me lo decía aunque yo nunca entendí por qué me consideró siempre tan valiente.

Cuando la guerra terminó, tenía doce años y mamá consiguió el dinero suficiente como para mudarnos a las afueras de Guadalajara en donde solo se veía campo y abundaba la tranquilidad.

Perdón por no haberme presentado antes, soy Eduardo Moreno Gil, tu abuelo, todavía la memoria no impide que me olvide de mí mismo.

Eric, con esta carta pretendo que sepas que todo lo que te propongas, por muy duro que sea si de verdad lo deseas lo conseguirás. Sigo vivo a pesar de todos los chascos que tuve en mi vida, porque desde aquí te quiero decir que al igual que te llevarás decepciones, también te llevarás alegrías y bueno, alguna que otra experiencia.

Cuando salí del colegio y nos mudamos, conocí a dos chicos: Javier y Pablo. Eramos esa clase de chicos que se iban al río a ver si encontraban algún que otro renacuajo, jugaban a las chapas y a las guerras, claro. Poco después conocimos a dos chicas, Elena y Sandra. Elena era una chica pelirroja de ojos verdes que desde mi punto de vista era preciosa y Sandra, mi mejor amiga y confidente. Ella era en la que más confiaba y quizá más aprecio tenía. Siempre la miré con distintos ojos que a las demás y no me preguntes por qué, porque no consigo recordarlo.

Un 26 de mayo de 1945 recibimos la noticia, Elena estaba gravemente enferma de una enfermedad llamada "huesos de cristal". Llevaba varios días en el hospital y en ese mismo día falleció. No logro recordar mucho de esto, sé que su cuerpo yacía en aquél ataúd durante la misa y que bajó terriblemente despacio por aquél hoyo que era sólo para ella. La mirada de su madre rota ya sea por la falta de sueño o sus días sin dormir cuando todavía Elena estaba con vida, no la impidió que entre ella y su marido llenaran todo su lecho de rosas rojas. Quizá y solo quizá, siempre nos mantuvimos unidos para no olvidarla nunca, ya que a día de hoy sé que la muerte nos mira a los ojos y no tiene ningún remordimiento en llevarte con ella.

No recuerdo con toda claridad el último día que vi a Elena, ni siquiera recuerdo con claridad el día en el que mi padre se marchó, pero sí recuerdo algunas veces en las que les hice sonreír, porque ni siquiera con 75 años la sonrisa de mi padre, ni la de Elena se borran de mi memoria.

Cuando acabó el entierro y tras largos segundos de amargura, decidí irme porque no podía entender cómo todo llega a ser tan difícil y por qué la vida solo es para algunos pocos. Me fui corriendo para estar solo. No sabía qué necesitaba exactamente, pero supongo, que después del entierro nadie sabía exactamente qué tenía que hacer, por lo que yo elegí la soledad. Vi una luz blanca.

Un coche me atropelló, estuve dos meses en coma y dudaban que volviera a andar, a hablar, a escribir, a comer por mí mismo, a mantener mis recuerdos intactos o incluso a despertar. Pero lo hice, mi cuerpo luchó por vivir y cuando desperté vi el rostro de tu abuela, sentada en mi cama, cogiéndome de la mano y pidiéndome que me despertase.

Sandra pasó mucho tiempo cuidando de mí, parecía que vivía en casa con mi madre y conmigo. Aprendí a andar de nuevo, a hablar, a escribir y a recordar, aunque cuando desperté y la vi siempre supe quién era ella. Conseguí un puesto de trabajo en una estación de tren. Yo era "el de los tickets".

Tu abuela y yo nos casamos con 25 años, éramos muy jóvenes, pero estábamos preparados para empezar una vida juntos. Nos casamos por la iglesia, en esos tiempos siempre se hacía así. Asistieron nuestros familiares y por supuesto nuestros amigos, puede que fuera uno de los días más felices de mi vida porque incluso el día de mi boda se me pasó por la cabeza los ojos de tu abuela Sandra de cuando era una niña.

Al poco tiempo tuvimos un hijo, tu tío. Daba mucha guerra, era un trastillo pero muy inteligente todo hay que decirlo, se ha hecho historiador, ya lo sabes. Candela, tu madre, era una niña que reflejaba a tu abuela por todos sus rasgos y a mí por sus gestos. La tuvimos cuatro años después y aunque sea la pequeña no la íbamos a querer menos.

A mis treinta años tuvimos un golpe de suerte, nos mudamos a un edificio que nos tocó por sorteo en una zona de la costa. A mis hijos les costó hacerse al cambio pero al poco tiempo todo se normalizó. Eric, ya no sé ni dónde vivo.

Trabajaba en el muelle de la ciudad, yo era el encargado de encender la luz todos los días desde allí arriba, sé que a tu madre siempre le impactó esa luz en medio del mar cuando había oscuridad.

Me encargaba del mantenimiento de un barco: el "Anabella". Siempre le tuve cariño porque me recordaba a mi madre a la que, íbamos a ver con frecuencia. El barco pertenecía a un viejo marinero que ya hacía tiempo que perdió la ilusión por navegar y me quedé sorprendido cuando murió y lo heredé, carecía de familia y yo era lo más parecido que tenía.

El "Anabella" fue una de mis pasiones, una vez al mes salíamos todos a surcar un poquito el mar y con el tiempo me hice un marinero experto.

Cuando llegas al mundo planeas tu vida, e ignoras que la vida ya tiene otros planes para ti, y yo, con un poco de dinero, suerte e ilusión, hice que mi familia saliese hacia adelante abriendo una empresa de mantenimiento de barcos donde dirigía a varias personas.

Con el tiempo mis hijos crecieron y aquí está la historia que te interesa, Eric. Tu madre conoció a tu padre paseando un día por el muelle, todos mis hijos tarde o temprano tenían que crecer y Candela se enamoró.

Cuando tu madre y tu padre empezaron a salir, los tiempos habían cambiado y se les veía unos muchachos muy felices por lo que a los años, después de viajes y viajes, decidieron casarse.

Siempre me alegró que tu padre Arturo la tratase tan bien. Era respetuoso y un hombre de buen corazón, se le veía en la mirada y es que cuando eres viejo las miradas sinceras no se te escapan.

Ahora estás tú. El día más inesperado recibimos la noticia de que ibas a llegar al mundo. Tu nombre lo elegí yo. Tienes ese nombre por mi, y me gusta, me suena a nombre de marinero. Sé que serás el mejor nieto que se pueda tener, lo eres, lo sé. Naciste hace dos años y tenemos muchas cosas que contarnos.

El día que te vi en el hospital por primera vez dormido en los brazos de tu madre supe que eras la alegría de mi vida, el nieto que siempre quise tener. Ver como creces ha sido una bendición, tus primeras palabras y andares no tienen precio. Cuando me miras y me dices que nos vayamos a dar un paseo se me encoge el alma, es ver tu mano tan chiquitita junto a la mía, vieja y arrugada y sé que he llegado a los finales de mi vida contigo y daría lo que fuera por tener más tardes cogiendo moras en el pueblo, por enseñarte a montar en bici, por llevarte más al circo y por pasar todos tus cumpleaños conmigo.

Eric, por lo que te escribo todo esto es porque quiero que sepas que el abuelo tiene una enfermedad que se llama Alzheimer. Es algo complicado pero se resume en que pierdo la memoria poco a poco, por eso ahora el abuelo hace cálculos mentales, juega al ajedrez y siempre dice en voz alta la calle en donde vivimos la abuela y yo, porque se supone que así perderé la memoria mucho más tarde. Pero sé que llegará el día en que no me acuerde de leer, de escribir, de luchar día a día. Me olvidaré incluso de mi mismo, seré una persona que no recordará a su padre, la mirada de su madre, los cabellos rojos de Elena, el tacto de tu abuela, los nombres de sus hijos, el olor del mar y es posible que me olvide del primer día que me llamaste abuelo.

Cuando tú vayas creciendo, yo iré degenerando poco a poco y sé que con tu inocencia jugarás conmigo o incluso me intentarás enseñar a hablar, me empujarás de la silla de ruedas y me hablarás o simplemente me mirarás y dirás ese hombre de ahí ya no es mi abuelo.

Quiero que sepas que yo aunque me olvide de todo, no quiero que olvides quién soy yo, ni todos los recuerdos que te esperan de mi, como he dicho hace un rato, las personas no recordamos a quién queremos su último día, sino todos los momentos que nos hicieron felices.

Eric, no, nunca conseguí terminar mi colección de trenes de madera en el que había un niño que soñaba escapar de la guerra de 1936, pero si he completado una hasta el final; mis recuerdos

y aún así los estoy perdiendo. Como habrás visto recuerdo muchísimo mejor mi infancia que mi presencia, ya que esta enfermedad es así.

Se dice que a veces se tienen momentos de lucidez y sé que siempre tú y solo tú serás mi héroe. Quiero que cuando me veas, me pongas una sonrisa enorme para saber todo lo que somos porque yo jamás olvido una sonrisa.

Fdo.: tu abuelo, Eduardo Moreno Gil.

29 de enero de 2002 en Guadalajara.